

publicana, del estallido de la guerra civil que lo sorprendió en campo «azul», de cómo pudo cruzar la «tierra de nadie» que separaba un territorio del otro para ir a pelear en el bando de los suyos, los «sitiados» de Madrid. Buen narrador oral, viví a través de sus cuentos, anécdotas y aventuras, el dramatismo de esos años con una intensidad desconocida en libros y en otros testimonios. De esos episodios —especialmente el de su vida como «confinado» en el campo «azul» y de su aventura en la Sierra de Guadarrama —surgió buena parte del material que utilizaría para «reconstruir» literariamente la atmósfera de la guerra y hacer verosímil al personaje del padre del protagonista de mi novela *Con acento extranjero*.

José Bergamín: entre duendes y paradojas

Sin embargo, la figura más notoria del exilio español, en Uruguay fue José Bergamín. Bergamín vivió en dos períodos diferentes en Montevideo. En el primero, entre 1947 y 1954, fue catedrático de literatura española en la Facultad de Humanidades y con él se formaron algunos de los mejores poetas contemporáneos uruguayos como Ida Vitale, Susana Soca y Amanda Berenguer y profesores de literatura como Alejandro Paternain, José Pedro Díaz y Domingo Luis Bordoli. En Montevideo, poco antes de irse en 1954, Bergamín estrenó su obra de teatro *Medea la encantadora*. Conferencista, cuyas intervenciones sobre Unamuno, Tolstoy y Galdós, marcarían a una generación, su influencia fue fundamental, aunque limitada a ciertos círculos.

Porque en el Uruguay de los años cincuenta, secularizado y neopositivista, donde la filosofía «batllista» imperaba, un escritor auto-calificado de católico de izquierda, que hablaba de «duendes y duendecillos» en su interpretación de la *Teoría y juego del duende* de Federico García Lorca, o los cantaba en sus *Duendecitos y coplas*, por no hablar de su *El arte de birlibirloque* o sus *Mangas y capirotos*, producía algún desconcierto. Tales «duendes» eran incomprensibles en un país sin magia, especialmente cuando se ponían al servicio del arte del toreo, prohibido en Uruguay por ser «bárbaro» y «primitivo»:

En los toros adquiere sus acentos más impresionantes, porque tiene que luchar, por un lado, con la muerte que puede destruirlo, y por otro lado, con la geometría, con la medida base fundamental de la fiesta... El torero que asusta al público en la plaza con su temeridad no torea, sino que está en ese plano ridículo, al alcance de cualquier hombre, de jugarse la vida; en cambio, el torero mordido por el duende da una lección de música pitagórica y hace olvidar que tira constantemente el corazón sobre los cuernos⁶.

En su elogio del arte del toreo, Bergamín provocaba al medio, diciendo:

«Una corrida de toros es un espectáculo inmoral y, por consiguiente, educador de la inteligencia» o;

«La crueldad es condición ineludible de la belleza, porque lo es de la limpia sensibilidad: de la inteligencia».

⁶ Todas las citas y declaraciones de José Bergamín han sido extraídas de la entrevista que le realicé en Gaceta de la Universidad, n.º 31, «José Bergamín» por Fernando Ainsa (Universidad de la República, Montevideo, 1964).

El Uruguay aprendía con él el arte de los aforismos y las paradojas, lo que había llamado en *El cobete y la estrella*, las «afirmaciones y dudas aforísticas lanzadas por elevación».

En la casa de madera de la calle Potosí del barrio residencial de Carrasco, donde vivía con sus hijos Teresa y Fernando, lo visitaba mi padre y yo lo acompañaba siendo un adolescente. Lo recuerdo menudo y tenso, con el rostro enjuto y un cierto garbo toteril, vestido siempre idéntica y sobriamente con un pantalón gris de sarga y un «cardigan» azul marino. Andaluz de pura cepa, aunque nieto de un veneciano «garibaldino» que se vio obligado a huir de Italia y se había refugiado en Málaga, Bergamín nos hablaba entonces de su necesidad imperiosa de volver a España de la que «no quería su lejano recuerdo», sino «la tierra bajo mis pies, su luz llameante en mis ojos, que me queme la vista; y su aire que me entre hasta el fondo de los huesos del alma». A eso se fue en 1954 y después de vivir tres años en París, entró en 1957 en la España de Franco.

Bergamín, sin embargo, volvería exiliado al Uruguay en 1964, después de haberse refugiado en la embajada del Uruguay en Madrid, gracias a los buenos oficios del intelectual y diputado uruguayo Manuel Flores Mora.

En España no se había conformado al destino silenciado que se le impuso. Me lo contaría en una larga entrevista que publiqué en la revista de la Universidad de la República, *Gaceta de la Universidad*, en su segundo exilio montevideano.

«Cuando me autorizaron volver en 1957 pensaban, tal vez, que lo único que buscaba yo era un rincón de España donde morir haciendo el menor ruido posible; que lo único que quería era cierta tranquilidad y que aceptaría estar callado a cambio de la relativa paz que podía ofrecerme el régimen. Pero esa era la paz de los vencedores, paz impuesta, nada más».

De esa «paz franquista» nos diría acerbamente:

«No hay tal paz en España, sino siempre presente y aplastante la «Victoria propiciatoria». Es el mismo régimen de vencidos y vencedores gritando durante años y que tiene su ofensivo monumento en el Valle de los Caídos. Viven en función de la guerra civil, aunque no lo quieran y hablen de la paz».

Con el acento firme que le daban sus convicciones, sintetizaba:

«El régimen ha perdido la paz de la misma manera que ganó ignominiosamente la guerra».

Bergamín había fundado a su retorno a España *Renuevos de Cruz y Raya*, la segunda época de su famosa *Cruz y Raya* (1933), la revista de «afirmación y negación» que había marcado los años de la República. Pero fue el hecho de encabezar el manifiesto que el 30 de septiembre de 1963, ciento dos intelectuales dirigieron al Ministro de Información, Manuel Fraga Iribarne, el que lo traería en la primavera austral nuevamente a Montevideo. En ese manifiesto se denunciaba sin tapujos la actitud del régimen ante las huelgas mineras de Asturias, los brutales castigos y torturas infligidos —por ejemplo, a Constantina Pérez y Anita Braña con sus cabezas rapadas «al cero»— y la masacre de los obreros huelguistas.

Al serle notificada su expulsión, Bergamín polemizó abiertamente con Fraga —al que bautizó Ministro de la Censura de la Información y el Mutismo en vez de Información

y Turismo— y tuvo que salir rápidamente de España. Con su agudeza habitual llamaba al General Mola, «el mulo Mola; hijo de la gran Mula».

Uruguay lo acogería nuevamente, aunque la atmósfera ya no era la misma del fin de la guerra civil. Bergamín sería objeto de campañas «macartistas», de las sutiles infamias de Julián Gorkin en las publicaciones del Congreso por la Libertad de la Cultura y los «Que se dice» del diario *El País* de Montevideo.

Otros aires empezaban a soplar en América Latina.

En el Montevideo de esos años, otros intelectuales españoles actuaban y se insertaban en la vida nacional. Intransigente, individualista y «unamuniano» Francisco Contreras Pazo se convirtió en la figura del «energumenismo carpeto-vetónico» con que un cierto tipo del exilio español se caracterizaba. Ferrandiz Alborz pasó a ser colaborador asiduo del diario «batllista» *El Día*, siguiendo la tradición de un cierto pensamiento liberal español que había tenido sus mejores expresiones a principios de siglo. El «troskista» Abraham Guillén militante del POUM trabajaba en el diario *Acción*, y algunos de sus textos inspirarían una década después la filosofía y la acción del MLN, «Tupamaro» uruguayo. Anarquistas españoles contribuían a la formación del grupo *Comunidad del Sur*, de gran incidencia en el pensamiento comunitario uruguayo de los años sesenta y fundadores en el exilio de Suecia, en los años setenta, de la Editorial Nordam/Comunidad que editaría mi novela *Con acento extranjero* en 1985.

Benito Milla: los puentes de la cultura

En este contexto quisiera referirme al exiliado español que marcó más la vida cultural del Uruguay de esos años: Benito Milla, «Don Benito» como lo llamamos con afectuoso respeto quienes lo tratamos y trabajamos con él. De origen anarquista —Secretario de la Juventud Libertaria de Cataluña— Milla llegó al Uruguay después de varios años de duro exilio en Francia y, partiendo de un puesto de libros de venta callejera en la Plaza Libertad en pleno centro de Montevideo, fundó una de la librerías y editoriales de mayor incidencia en los «efervescentes» años sesenta: *Alfa*.

En la Editorial Alfa se editaron las obras de Juan Carlos Onetti, Mario Benedetti, Carlos Martínez Moreno, y la de los jóvenes narradores de mi generación como Eduardo Galeano, Juan Carlos Legido y Cristina Peri Rossi, pero donde se publicaron también novelas de españoles exiliados como Ernesto Contreras y José Carmona Blanco, o ensayos fundamentales como la historia del anarquismo español de José Peirats.

La militancia libertaria de Milla fue cediendo con los años hacia un humanismo que se reconocía en Albert Camus, Roger Munier, Nathaniel Tarn, Jean Bloch-Michel y en la poesía de Kostas Axelos, Homero Aridjis y Hans Mangus Enzerberger, autores —todos ellos— a los que publicó en las revistas *Deslinde* y *Temas* que editó sucesivamente en Montevideo. En sus páginas, los jóvenes intelectuales uruguayos nos familiarizamos con jóvenes autores españoles como José Ángel Valente, Carlos Barral, Juan Goytisolo y poetas latinoamericanos como Octavio Paz, José Germán Belli, Julio Ortega y Cecilia Bustamante.

«Don Benito» nos hablaba de «diálogo» y de tender «puentes» entre América y Europa, lo que parecían utopías en una sociedad liberal que se agriaba y cuyos muros se res-

quebrajaban a ojos vistas. Nos decía, por ejemplo: «Propiciamos la comunicación, el diálogo y la confrontación en una hora del mundo en la que el desgaste de los esquemas ideológicos se hace cada vez más evidente, y también un movimiento de apertura cultural al margen de la cuadrícula cerrada de los partidos, los grupos y las camarillas». En 1964 nos hablaba de «reconocer a los *otros*, no como enemigos, sino como interlocutores», usando una terminología nueva —*alteridad* y *otredad*— puesta al servicio de un imposible idealismo. Pero Milla adivinaba, además, lo que después fue evidente: la mutación ideológica de nuestro tiempo, el fin del maniqueísmo. Milla nos hablaba de «los marxismos», del pluralismo cultural, del nacionalismo emergente en el seno de los grandes bloques y, sobre todo, de cómo evitar en un país de rica tradición democrática como era el Uruguay, los errores que habían conducido a la guerra civil española.

Sin embargo, sus palabras sonaban extrañas en su país de adopción, embarcado como estaba en la polarización ideológica y en una confrontación política y social sin precedentes en su historia. Cuando las condiciones del diálogo desaparecieron prácticamente del Uruguay, Milla se fue a Venezuela para fundar otra de las editoriales importantes de América Latina, Monte Avila Editores, donde con otros recursos y en otra dimensión, reiteró su fe en un hombre de raíz universal, más allá de clases sociales y contingencias históricas.

La historia se repite

En esos años, la antinomia española de nuestra infancia —los buenos y los malos, lo blanco y lo negro— iba cediendo a su inevitable prolongación americana. Democracia contra dictadura, liberación contra dependencia, progreso contra conservatismo, revolución versus contrarrevolución, pasaron a ser las palabras mágicas con que en la euforia de los sesenta se pretendía conjurar la historia del continente. Nuevos «vientos del pueblo» nos llevaban y arrastraban, esparcían el corazón y aventaban la garganta.

Providencialistas y voluntaristas totalizantes de un nuevo signo, fuimos olvidando lo que había sido el exilio que vivimos de pequeños, aunque otros episodios de la historia de América Latina nos lo estuvieran continuamente recordando. En Uruguay, país de asilo por excelencia, encontraban refugio los perseguidos del Paraguay de Stroesser desde 1954, los de Brasil desde el golpe militar de 1964 y los de la Argentina desde siempre. Los exilados —se les empezó a llamar así— seguían siendo personajes de nuestra vida cotidiana, nueva capa geológica de una historia en la que España era el punto de partida, vital y desgarrado, de nuestras existencias.

Las ilusiones poco durarían. A partir de los años setenta, los «niños de la guerra» española empezaríamos a vivir en carne propia el destino de nuestros padres. Una historia cíclica parecía repetirse ineluctablemente. El fascismo derrotado en Europa resurgía en América, a veces disfrazado de falsas notas populistas o de engañosas coberturas como imaginar que podía haber un «militarismo bueno».

El exilio volvió a ser el tema cotidiano en la diáspora no sólo uruguayana, a partir del golpe de estado del 27 de junio de 1973, sino chilena a partir de septiembre de ese mis-

mo año y de la Argentina a partir de 1976. Los cantos y poemas, los cuentos, novelas y testimonios, sintetizaban en mesas redondas, festivales, coloquios y publicaciones, el drama repetido. En muchos casos, eran los hijos de los exiliados españoles los que emprendían la ruta del retorno a los orígenes, la difícil recuperación de las «raíces rotas» de que había hablado Arturo Barea al intentar su imposible reinserción en España. El círculo se cerraba, absurdamente, en el punto de partida.

Esta parábola existencial, este curioso destino de mi generación, es el tema de *Con acento extranjero*, una novela escrita en París a fines de los años setenta para dar cuenta del tema del doble exilio. En sus páginas no quise sino contar cómo, por la trágica repetición de la historia, muchos de los hijos de los exiliados españoles en América se vieron obligados —a su vez— a exilarse de los países que los habían acogido, algo del «hombre absurdo» de que hablaba Camus, algo de la «condición humana» eterna que hace padecer los vaivenes de la historia a quienes no son siempre protagonistas y menos aún a sus héroes, algo de la secreta nostalgia de un mundo dividido entre buenos y malos, algo de la convicción de que «Hay que matar al rico y al pobre, para que nazca el Hombre», como reclamaba León Felipe al final de su vida, algo de lo que he tratado de transmitir, simplemente, en estas páginas.

Fernando Aínsa

